

Fantasmas mexicanos

Marta Gallo

APARTE DE OCASIONALES FANTASMAS LITERARIOS que arrastran, a la manera de cadenas, diferentes tipos de relaciones con el mundo de los vivos, hay dos descomunales y venerables que nadie ignora en nuestra cultura hispanoamericana de poscolonia occidental y cristiana: éstos son el del padre de Hamlet, al que conocemos por lo menos en alguna de las diferentes versiones cinematográficas, aunque no hayamos leído o visto representada la obra de Shakespeare; y el otro, quizás un poco menos popular, el del convidado de piedra, aquel comendador padre de la Inés seducida por don Juan Tenorio, el burlador de Sevilla: en la versión romántica de Zorrilla o en la clásica de Tirso de Molina, es tradición en países hispanos presentarla en escena precisamente para el día de los muertos.

Ambos, como se sabe, son padres que vuelven del otro mundo: el Comendador, para vengar la deshonra de su hija; el padre de Hamlet, para exigir al hijo venganza por su muerte.

Además de los que nos provee la tradición literaria heredada de las metrópolis culturales coloniales y poscoloniales, la literatura hispanoamericana viene haciendo su propio acervo de fantasmas ya que toda sociedad, aun sin proponérselo, se define en gran parte por el modo como sus muertos viven en ella; porque los fantasmas, como todos sabemos, son los muertos que persisten e insisten en la vida, y a su manera mantienen vivo el pasado.

Y si de fantasmas mexicanos se trata, ninguna obra más apropiada que *Pedro Páramo* de Juan Rulfo, que transcurre en un pueblo, Comala, donde todos los que allí siguen viviendo están muertos, es decir, son fantasmas.

A Comala llega Juan Preciado en busca de su padre, Pedro Páramo; viene del mundo de los vivos, y es entonces, como si dijéramos, un fantasma al revés, y también al revés de los dos que ya he citado, es ahora el hijo quien viene en busca del padre.

La llegada de Juan Preciado a Comala es un descenso a los infiernos; allí encuentra a muertos que siguen viviendo, o sobreviviendo, la vida que siempre vivieron y que se ha convertido para ellos en la eternidad del infierno, o quizá siempre lo ha sido.

Juan Preciado imagina a Comala, con la voz del recuerdo de su madre: “Hay allí, pasando el puerto de Los Colimotes, la vista muy hermosa de una llanura verde, algo amarilla por el maíz maduro. Desde ese lugar se ve Comala, blanqueando la tierra, iluminándola durante la noche”.

Pero lo que él ve cuando está frente a ella no es esa Comala que imagina sino otra muy diferente: “En la reverberación del sol, la llanura parecía una laguna transparente, deshecha en vapores por donde se traslucía un horizonte gris. Y más allá, una línea de montañas. Y todavía más allá, la más remota lejanía”.

La primera, la Comala viva, la del pasado, como un paraíso perdido que no existe sino en la voz del recuerdo; esta otra, espectral, la que según dice uno de los muertos vivos que la habitan, está en la boca del infierno, sin embargo es o parece el lugar real. La Comala viva se reitera en el texto, evocada en un discurso ajeno, como si fuera ella la aparición fantasmal: “Mi pueblo, levantado sobre la llanura. Lleno de árboles y de hojas, como una alcancía donde hemos guardado nuestros recuerdos... Allí, donde el aire cambia el color de las cosas” (62).

Siempre imaginaria en la voz recordada del recuerdo de la madre, esa Comala ya no tiene espacio ni tiempo, pero sobrevive en la otra a pesar de la desolación de calles polvorosas, de casas vacías por donde se deslizan sombras y ecos de voces que reiteran un pasado despojado de sentido, como un tornillo falseado donde no puede darse ya ni siquiera otra vuelta de tuerca. A veces se juxtaponen las imágenes de las dos Comalas, hasta el punto que uno se pregunta cuál es la viva y cuál la aparición fantasmal, o si en esas imágenes vida y muerte no se han intercambiado. La voz de Juan Preciado dice: “Vi pasar las carretas. Lo bueyes moviéndose despacio. El crujir de las piedras bajo las ruedas. Los hombres como si vinieran dormidos” (50). Y unas líneas más adelante sigue viendo “(c)arretas vacías, remoliendo el silencio de las calles. Perdiéndose en el oscuro camino de la noche. Y las sombras. El eco de las sombras”.

En medio de este discurso de Juan Preciado aparece el del recuerdo de su madre, con la imagen de Comala viva (o quizá debería decir con su fantasma, porque ya no existe sino en la voz que la evoca):

Todas las madrugadas el pueblo tiembla con el paso de las carretas. Llegan de todas partes, copeteadas de salitre, de mazorcas, de yerba de pará. Rechinan sus ruedas haciendo vibrar las ventanas, despertando a la gente. Es la misma hora en que se abren los hornos y huele a pan recién horneado (50).

Uno se pregunta si hay un intercambio entre vida y muerte en estas imágenes de Comala, o si ambas se confunden aquí porque la muerte no representa sino un aspecto de la vida, o si hasta ahora hemos estado equivocados al pensar que sabíamos qué es la muerte y qué la vida, y qué es un fantasma. O bien si acaso existe alguna relación con lo que observa el sociólogo francés Baudrillard en las ciudades modernas en general, que son, según él, ciudades muertas, porque nuestra cultura moderna es una cultura de muerte. El cementerio, dice, ya no existe en ellas, porque las ciudades modernas han tomado ahora su función.¹ En pueblos como Comala, aunque no son ciudades modernas, muerte y vida se confunden porque están fusionadas como dos aspectos de algo que puede llamarse muerte o vida indistintamente.

La llegada de Juan Preciado como un descenso a los infiernos está acentuada por esa comparación de la llanura con una

laguna transparente, sugiriendo la mítica laguna Estigia por donde los muertos pasaban al otro mundo según la tradición de la antigüedad clásica.

A la entrada de Comala Juan Preciado encuentra no a Caronte sino a Abundio, un arriero, que después sabemos

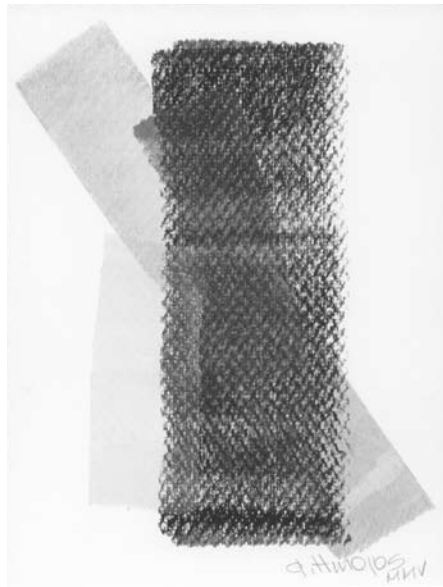
es también un fantasma, un muerto vivo; como él, todos los habitantes de Comala son no precisamente almas en pena, aunque sí cuerpos en pena, muertos vivos, pero en el mismo sentido en que hablamos de una llaga viva. En todos ellos se encuentra esa ambigüedad muerte-vida, porque la separación entre ambas no se ha realizado sino como una ablación de lo vital, tales como colores, sonidos, el placer, o la proyección del deseo, o de un futuro. De la vida queda en ellos el pasado, pero no como recuerdo

sino como realidad congelada, o como el desierto de la realidad. Los habitantes de Comala son fantasmas que no vienen del otro mundo, siguen habitando como en un sueño el mundo que pudieron hacer suyo pero que siempre les ha sido “otro”, ajeno.

En la *species aeternitatis* en la que estos muertos existen, memoria y olvido son dos caras de la misma moneda, pues su reiteración del pasado puede verse como eterna memoria o como un persistente olvido, en un mecanismo semejante al rechazo freudiano. Sólo que este olvido-memoria funciona en un tiempo amorfo, que desconoce, o no reconoce, la dimensión de pasado.²

Sombras y ecos de voces, fragmentos de lo que allí vivieron, siguen circulando por Comala, como piezas sueltas de un rompecabezas, o como trozos animados de un espejo que se hubiera hecho añicos. Pedro Páramo sigue robando las tierras que robó, preñando a las mujeres que preñó, suspirando por Susana San Juan, la mujer que nunca conquistará: sigue desmoronándose como un montón de piedras, muerto en venganza gratuita por uno de sus hijos bastardos, precisamente Abundio, que ausente de sí mismo ni supo lo que hacía. Una de esas sombras que habitan Comala dice a Juan Preciado:

—Este pueblo está lleno de ecos. Tal parece que estuvieran encerrados en el hueco de las paredes o debajo de las piedras. Cuando



caminas, sientes que te van pisando los pasos. Oyes crujidos. Risas. Unas risas ya muy viejas, como cansadas de reír. Y voces ya desgastadas por el uso (45).

En *Pedro Páramo* todo sigue ocurriendo, aunque perdido ya el sentido, rotos ya los resortes del tiempo, como sombra y eco de lo que alguna vez ocurrió. Desde que Juan Preciado llega a Comala se encuentra con una u otra de esas sombras, de esos ecos de voces, sin saber si están vivos o muertos, ni qué le causaría más miedo.

Pero al cabo de su paso por el pueblo, termina en la sepultura donde está enterrado junto a Dorotea, como uno más de los muertos vivos de Comala; de allí sale y es suya la voz que dice “Vine a Comala”, al iniciarse la novela. Ya entonces ha llegado a saber que él también está muerto, como lo están los habitantes del pueblo.

Juan Preciado, lo dije ya, es un fantasma al revés, porque viene del mundo de los vivos. Al toparse con las primeras sombras y voces que circulan por el pueblo comienza a dudar si se trata de seres vivos o de apariciones. Pero llega un momento en que su ignorancia desaparece, cuando se encuentra enterrado junto a los otros muertos de Comala y como uno más entre ellos. Pareciera que desde su llegada hubiera cumplido un itinerario de diferentes grados de iniciación, o ritos de pasaje, como en los misterios eleusinos de la antigüedad clásica.

En diferentes etapas, ha ido pasando por sucesivas muertes, desde que atraviesa el límite de esa laguna Estigia figurada en la llanura, luego el miedo o el ahogo por la falta de aire, el calor, los murmullos, el frío, y siempre el miedo, hasta llegar a una tumba común en ese estado de muerte viva, desde la que, superado el miedo, escucha las voces de los otros muertos que siguen viviendo en Comala, y las ráfagas de vidas pasadas que arrasan sobre su tumba.

Por eso se puede decir que Juan Preciado llega a Comala muerto, o también que llega vivo. Porque una cosa no excluye la otra, si muerte y vida no se conciben sino como aspectos complementarios, y si morir se considera como una iniciación.

A pesar del miedo de Juan Preciado, los fantasmas de Comala no asustan a nadie, o en todo caso a veces se asustan entre ellos. No llegan como el convidado de piedra o como el padre de Hamlet, imponiendo su yo y su muerte, con voz sobrecogedora; reclamando, exigiendo, una especie de exorcismo del pasado.

Estos otros muertos están en cambio poseídos por un pasado que rememoran como si sin cesar lo olvidaran: pueden

soñar su vida, como Susana San Juan cuando revive su amor en una especie de delirio; otras veces sueñan que vuelven a morir, o que vuelven a vivir la muerte de otros, como Pedro Páramo, que revive su propia muerte, pero también rememora la de su padre y la de Susana San Juan.

A diferencia de esos otros fantasmas como el padre de Hamlet o el convidado de piedra, los fantasmas de Comala no exigen nada de los otros, y por eso no nos asustan, aunque sí quizá nos inquietan; demasiado ocupados en repetirse, demasiado perdidos en sí mismos, o de sí mismos: muertos y a la vez sin haberse separado de sus vidas, no saben qué hacer con su muerte ni con la vida que esa muerte les da. Lo que nos sobrecoge, a nosotros y a Juan Preciado, quizá sea el desierto de la realidad que estos muertos sobreviven.

El lector a quien la voz fantasmal de Juan Preciado dice “Vine a Comala”, aunque en verdad lo dice dialogando con otro muerto que está enterrado en la misma tumba, se pregunta si acaso no es él mismo también uno de esos fantasmas, y si la vida no es después de todo sino la iniciación a una muerte como la de Comala. •

Notas

¹Baudrillard dice además que Disneyland, en Los Ángeles, se presenta como imaginaria para crear la ilusión de que el resto es real, cuando todo pertenece al orden de lo que él llama hiperreal y de la simulación: “The Disneyland imaginary is neither true nor false: it is a deterrence machine set up in order to rejuvenate in reverse the fiction of the real” (172).

²Weinrich: “Freud’s brilliant discovery consists in assuming that this repressed forgotten is not simply gone and done with but rather continues to function in the form of the Unconscious, continues to work and to protest and to disturb the mind” (134).

Bibliografía

- Baudrillard, Jean, *Selected Writings*, Stanford, Stanford University Press, 1988.
- Molina, Tirso de, *El burlador de Sevilla y El convidado de piedra*, ed. de Joaquín Casaldueiro, Madrid, Cátedra, 1997.
- Rulfo, Juan, *Pedro Páramo*. México, FCE, 1955 (1971).
- Shakespeare, William, *Works of William Shakespeare*, Cambridge, Cambridge University Press, 1954.
- Weinrich, Harald, *Lethe. The Art and Critique of Forgetting*, trad. de Steven Randall, Ithaca y Londres, Cornell University Press, 2004.
- Zorrilla, José, *Don Juan Tenorio*, Madrid, RAE, 1974.

MARTHA GALLO se graduó en filosofía y letras en la Universidad de Buenos Aires, donde dio clases de teoría literaria. Desde 1968 enseña en la Universidad de Santa Bárbara, California, donde en 1991 le fue concedida la distinción de profesora emérita.